

"La vida loca" por C.F.S. de E. Diez-Canedo.

1

La Vida Loca, por Carlos Fernández Shaw. Ma-
drid, librería de los Sucesores de Hernando.

No se trata, como por el título se podría
creer, de un libro de exaltación, de fantasías y alucin-
ciones, de visiones raras o fervores turbulentos, nada de
esto: Carlos Fernández Shaw, consagrado como uno
de nuestros grandes poetas desde la publicación, no
muy lejana, de su Poesía de la Siente, ama todo lo
que ponen sobre su corazón los ciudadanos monta-
ños, los ríos, familia, patria, naturaleza, Dios, y
exalta cuanto es bajo e inmóvil. ¿La vida loca?
¿Loca porque en ella el dolor viene más de lo que

2

quisiéramos á perturbar nuestra alegría y nuestra felicidad? No es la ley tan vieja como el mundo, y loca no parecería, asombrándonos, aquella vida absolutamente abrumada por la adversidad, sin un amor, sin un deseo, y, en mayor grado todavía, aquella tan esfumada de venturas que no espantaría, como al tiempo de Polixenes la fortuna persistente del tirano de Samos.

Casee, ante todo, la vida loca de aquella unidad que tenía el libro anterior del poeta, pero no hemos de criticarle por esto, ya que es quizá la única razón del título.

Fernández Shaw es un poeta amplificador. Su riqueza, más que ideológica, es verbal. Hay algo de heresiano en su poética, y aquí el adjetivo se

3

puede derivar tanto del Hetero arquitecto como del
Hetero poeta. Tiene la elocuencia, el os magna sonaturus,
y le falta la intimidad, la amabilidad. Soy ver-
tos para despertar admiración, no para evocar un re-
cuerdo. No hay entre los poetas de hoy, ni se excep-
túa a Salvador Rueda, quien haga versos más fo-
tundos, más "cincelados", como antes se decía. Y es-
ta rotundidad, el gran título de Primer de Arte, es tan-
to como en él, innato en Fernández Shaw.

Ritos, que parecen repases, no son sino puntos
de vista que nos permiten caracterizar al poeta y
dar con la fase principal de su talento. ¿Quién se
vanagloriara de tener toda la lista? Decir de un
poeta que no es delicado equivale a decir que es ro-
busto, y una cualidad vale tanto como la otra, ni se

4

Hata de un verdadero poeta. Esto es lo esencial: ver las cosas con ojos de poeta, sentir las con entrañas de poeta, expresarlas con palabras de poeta. Poco importa que se amplifique ó se concentre, siempre que la ampliación sea magnífica y la concentración sea intensa.

Entre las composiciones de este libro — en el que no debieran figurar las tres parodias comprendidas bajo la denominación de Tragedias para leer, por inocentes y desmañadas — hay una que no atrae de modo singular: es la titulada Campo solemne. Es una poesía descriptiva. Versos de catorce sílabas, de ritmo regular y seguro, sin rimas, la forman. Una descripción campesina, de tranquilidad maternal y deslumbradora viene á prepararla y precede á otra descripción de un lucido tabano de vacas que se abate en la man-

5
sermón de un legato. Ambas descripciones son
espléndidas; la precisión de la palabra no falta nun-
ca; no hay detalles ociosos; las repeticiones son
escasas; por todo comentario, el poeta prorrumpe
en un saludo á la fornalera de la vida campesina.

Los momentos afortunados de los poetas son
los que los dejan petrificados de encargo entero. En
Campo solenne, que reproduciríamos si fuese más bre-
ve, está toda la fisonomía poética de Carlos Fernán-
dez Shaw. Es un poeta robusto, exterior. Ama los
grandes espectáculos de la naturaleza. Sus versos tie-
nen la salud del que es fuerte y además ha hecho
gimnasia: si de algo peca es de haber hecho exce-
siva gimnasia. ¿Y este libro se llama la vida loca?

No; si Tefaine no hubiera sido por título ~~de~~
gentil al mas famoso de los tuyos, Carlos Fernández
Shaw hubiera podido titular este que alor-
ta publica con la palabra española equivalente.

E. Díer - Canedo.

"La Lectura" - Madrid - Julio - 1909 - Pag. 290-291.